

Mi padre nunca se ha ido del todo.

No hay día que no piense en él por alguna razón. Se fue cuando yo tenía 13 años.

¿Qué si fue duro? Sí, lo fue. Es una edad en la que uno necesita mucho de su padre, aunque afortunadamente mi mamá pudo suplirlo con eficiencia. Sin embargo, siempre tienes la inquietud de qué hubiera sido de haberlo tenido en tal o cual situación.

Para mí fue el mejor padre, aunque quizás no el mejor marido –tampoco el peor-. Siendo sincero, en la práctica tampoco fue el mejor padre y es que era consentidor en extremo. Cuando yo nací él tenía 39 años y era su primer hijo, así que era su orgullo, además él tenía sus ideas machistas –él fue único hijo varón entre tres hermanas, así que conmigo preservaba el apellido y esperaba que yo hiciera lo mismo (si viera que no me he casado ni tenido hijos, ¡se vuelve a morir!)-. Él fue hijo de un general revolucionario, Amado Aguilar, así que quería que yo fuera militar y que algún día abriera el desfile del 16 de septiembre –y yo saliéndole rockero e irreverente-, total, que no dimos una entre sus perspectivas y mi realidad.

Desde mi niñez me dio todo lo que en sus manos estuvo, se enorgullecía de mis habilidades y talentos, aun de los ocultos o de los que solo él veía y me daba la razón en casi todo, aunque también supo orientarme en muchos aspectos. Alguna vez que antes de cumplir los 10 años me escuchó hablando palabrotas, en lugar de regañarme solo me dijo: “Fíjate en como hablas. No es malo decir esas palabras, lo malo es no saber donde, cuando y con quien decirlas. Ten cuidado con eso.” O aquella vez en la naciente adolescencia mía, cuando en una discusión acerca de mis gustos musicales y los suyos, reconoció que supe defender mi posición y en ese momento me llevó a comprar el disco que eligiera -aprendí a defender mis ideas y a reconocer cuando no se tiene la razón-. También me enseñó que una persona integra merece que se confíe en su palabra; según él, porque “quien no tiene palabra, no tiene nada”. Lo mismo para los compromisos, si uno se echaba encima uno, tenía que cumplirlo, en caso contrario era una marca negativa en su persona.

Tipo serio pero bromista y afable en confianza, era amigo de sus amigos y más de una ocasión apoyó sin dudar a quien lo necesitaba, sea con comida, con dinero –que no abundaba- o con su presencia. Era de apariencia dura pero noble, indignado por lo que le parecía mal y por el sufrimiento ajeno.

Como decía, desde su partida no ha habido día en que no lo piense, ya sea por una anécdota, un consejo, un recuerdo y hasta para pensar en las cosas que dejó pendientes y que nunca arregló, dejando ciertos problemas sueltos en mi camino, pero invariablemente tengo una sensación de tranquilidad. Tuvimos diferencias y discusiones fuertes antes de su partida, pero no me arrepiento de ellas porque cada uno tenía su carácter y defendía lo que pensaba. Creo que si estuviera aun conmigo, nos llevaríamos muy bien. La verdad es que hubiera querido tenerlo más tiempo.

Pero la vida no cumple caprichos, las situaciones son como son. No visito el panteón, si acaso un par de veces desde aquel 1982. No está ahí. Me guste o no, está conmigo y lo estará al parecer hasta que yo lo alcance en esa ruta. Como siempre digo, en mi vida ha pasado más tiempo muerto que vivo, pero como todo, eso no deja de ser relativo, porque nunca se ha ido del todo. Está todos los días conmigo en mi mente y mi corazón. Y aunque tampoco celebro el día del padre, en esta ocasión vaya mi recuerdo para ese hombre nacido en Torreón Coahuila en 1930, Francisco Aguilar Santos. Mi papá.